

Claudio Arrau León: una conjunción de paradigmas

por
Luis Merino

Claudio Arrau debutó el 19 de septiembre de 1908 en su ciudad natal, Chillán, a los cinco años de edad. Tres días más tarde un cronista anotaba en el diario *El Comercio* de esa ciudad, que el entonces niño "es una esperanza para el arte: vive por i para la música. Si conserva este amor, seguramente llegará a ser una notabilidad musical".

Palabras proféticas. Ese niño llegó a una excelsitud sublime como artista, en el ethos y el pathos, en la inteligencia y el sentimiento, en la técnica y la creación. Se ubicó en la constelación de los grandes genios del teclado en el siglo xx, gracias a una técnica fenomenal que lo abarcaba todo, a una versatilidad genial, a una capacidad admirable de lectura, a una rapidez suprema de memorización, a su profesionalismo e integridad, a su continuo perfeccionamiento, a la escrupulosa fidelidad al texto original (*Urtext*) del compositor, y a su conocimiento orgánico de otros campos del arte y la cultura. Considerándose a sí mismo un "sirviente de la música más que su explotador", apoyó la riqueza inconmensurable de su intuición creativa como intérprete en el rigor de la musicología y en la fecunda interacción de la obra de arte en la cultura y la sociedad. De esta manera sus interpretaciones magistrales constituyeron en la sala de conciertos, y constituyen a través de sus innumerables fonogramas, experiencias estéticas inolvidables.

Igualmente inolvidable fue su aporte como ser humano, a todos quienes tuvieron el privilegio de conocer directamente el valor y grandeza de su personalidad. Su inteligencia admirable, su celo ejemplar, su resistencia a toda prueba, su capacidad asombrosa, su fenomenal aplicación y su perseverancia maravillosa, se conjugaron con una probidad y humildad a toda prueba, que jamás lo llevó a envanecerse ante los innumerables honores con que fuera colmado en su larga y fecunda vida.

En su vida y en su carrera cumplió su madre un papel fundamental. Fue doña Lucrecia Ponce de León un verdadero arquetipo de la mujer chilena con su dechado de amor, temple, reciedumbre, sabiduría y visión. Al enviudar de Carlos Arrau Ojeda (1856-1904), un conocido oculista en Chillán, cuando el artista frisaba su primer año de vida, apoyó el sustento de la familia con la enseñanza del piano, pero sin perder de vista el promisorio futuro a que podrían conducir las extraordinarias y precoces dotes de su hijo Claudio. En Santiago, la madre escogió para su hijo a Bindo Paoli, uno de los mejores profesores de piano en el país durante esa época, profesor de otro gran valor chileno del teclado, la pianista Amelia Cocq.

Al mismo tiempo, doña Lucrecia realizó gestiones para obtener el apoyo financiero del gobierno chileno en la educación musical de su hijo Claudio.

Revista Musical Chilena, Año XLV, enero-junio, 1991, N° 175, pp. 5-7

Para ello contó con el apoyo decisivo del escritor y periodista Antonio Orrego Barros, "el mejor amigo i mas entusiasta admirador de las dotes de Claudio", que le permitió obtener amplia acogida en los más altos niveles del Gobierno chileno presidido entonces por el gran estadista don Pedro Montt, nacido en 1848, elegido Presidente en 1906 y quien fallece el 16 de agosto de 1910, en Bremen, Alemania, sin concluir su mandato. Los legisladores chilenos mostraron un apoyo irrestricto hacia el entonces niño-artista, y no pararon mientes ni en los montos de becas que se asignaron, ni en los serios problemas presupuestarios por los que atravesaba entonces el país, entre 1911 y 1921, para tributar este "homenaje al arte", según lo señalara el Diputado Carlos Alberto Ruiz en una sesión de la Cámara de Diputados realizada el 7 de mayo de 1918.

El entonces joven Arrau devolvió con creces el apoyo de su patria. Entre 1911 y 1921 se empapó de todo lo que la entonces floreciente capital de Alemania, Berlín, le ofreció en lo musical y en lo cultural, y estableció de manera sólida y profunda la piedra miliar de su ulterior carrera como solista. En 1913 encontró al profesor Martin Krause, a través de otra gran artista chilena, la pianista Rosita Renard, quien a la sazón se perfeccionaba en Alemania también con el apoyo del Gobierno chileno. Además de maestro, Krause fue un padre y un mentor para el niño prodigio en su tránsito a la adultez y fama, mediante una carrera que abarcó todos los importantes centros musicales del mundo.

Junto con ser un ciudadano del mundo conservó, con amor e inteligencia, la vigencia de sus raíces chilenas hasta el final de su vida. Al revés de otros artistas latinoamericanos, Arrau no demostró este lazo en la divulgación sistemática de la música de los compositores chilenos. Pero sí fue un cauce que llevó la música de los grandes maestros europeos a amplios sectores del público nacional, quien lo aclamó siempre con intenso fervor y con hondo arraigo. Desde el punto de vista de la musicología, una de sus contribuciones más importantes para Chile fue la renovación que hizo del vocabulario musical del público chileno, entre 1921 y 1928, en una década crucial de la historia de la música del país. Junto a Bach, Beethoven, Schumann, Chopin, Liszt y Brahms, el país aclamó sus interpretaciones de los "grandes revolucionarios" de entonces, Albéniz, Debussy, junto a Skriabin, Ravel, Busoni, Schoenberg, Bartók y Stravinsky, a pesar del revuelo mayúsculo que provocaron entre los críticos tradicionalistas.

Claudio Arrau ha vuelto hoy día para quedarse en su patria para siempre. Recibió por última vez, el homenaje de las más altas autoridades de gobierno, de los más importantes artistas, intelectuales y hasta del más humilde campesino. La Catedral de Santiago se colmó de personas que le tributaron el último adiós y en el trayecto funerario de Santiago a Chillán miles de personas hicieron lo mismo en el frío del otoño. Su presencia en Chile hizo reverdecir nuevamente la música de los grandes maestros en el alma de los chilenos. La interpretación del Réquiem de Mozart —compositor con el que Arrau fuera parangonado cuando niño—, por la Orquesta Sinfónica, el Coro Sinfónico de

la Universidad de Chile y solistas, bajo la dirección de Irving Hoffmann, escuchada con unción reverencial por el público que colmó la Catedral de Santiago y por el otro público que colmó la Plaza de Armas para escuchar la música a través de altoparlantes, constituyó un verdadero milagro hecho realidad gracias a la conjunción de paradigmas que fuera el genio de Claudio Arrau León.